

La dama misteriosa parecía afectarse muy poco de cuanto pasaba en el mundo.

Sin embargo, aquella misma noche, poco despues del toque de ánimas, un hombre llamaba á la puerta de la casa, le abrian y penetraba en ella con gran confianza.

Aquel hombre que así entraba era D. Lope de Montemayor.

D. Lope subió la escalera y se dirigió á una estancia que estaba frente á la entrada.

En aquella estancia, sencillamente amueblada con sitios tapizados de damasco azul, esperaba ya su visita una mujer.

Era una dama como de treinta años, escesivamente pálida, con los ojos brillantes pero hundidos y rodeados de un círculo azulado: podia decirse de aquella mujer que era el tipo de una matrona, pero tan bella y tan interesante que dificilmente podria un hombre verla sin sentirse fascinado.

Sus negras tocas hacian resaltar lo pálido de su rostro y el brillo ardiente de sus ojos.

—Señora—dijo D. Lope besando respetuosamente la mano que le tendía la dama—¡cuán inquieto estaba por venir á preguntaros si os habíais asustado con el tumulto de esta mañana!

—Gracias D. Lope—contestó la dama—no hay ya nada en la tierra que pueda asustarme, porque hace ya muchos años que espero la muerte como un consuelo, como un consuelo que me ha negado el único que puede dármele....

—¡Siempre tan triste, D^a Laura....!

—Siempre, D. Lope: paso mi vida como la sombra de una nube sobre la tierra; soy como un recuerdo escrito en

V.

En el que D. Lope de Montemayor confiesa que es imposible vencer á un hombre muerto y muy posible quedar vencido por una mujer viva.

RENTE por frente de la casa de D. Lope habia una casa pequeña que permanecía cerrada casi todo el dia.

Al aspecto alegre y risueño de la casa de D. Lope correspondia la de enfrente con un cierto aire de tristeza y de misterio.

De luego á luego se conocia que esta última casa estaba habitada, porque de noche se advertia luz al través de sus balcones, pero solo de noche se abrian y se notaba que alguien se asomaba.

En las noches de luna podia distinguirse que era una mujer vestida de negro.

Siempre sola, aquella dama no tenia ni un galan que paseara su calle, ni se escuchó nunca la música de una serenata al pié de sus balcones.

El dia de la gran alarma de la ciudad nadie hubo que se asomara en aquella casa para ver lo que acontecia, á pesar de que todos los vecinos estaban en sus ventanas.

una roca; nada para el presente, nada para el porvenir; el recuerdo, el ayer, el pasado; vivo como vive un nombre, solo en la memoria. Nada deseo, nada temo; como una flor de mármol, sin aroma, sin color; porque para mí ni es alegría el sol, ni tristeza la sombra, ni el viento de la ilusión me agita, ni el rocío de la esperanza me baña. Dios es mi consuelo, la muerte mi descanso. A fuerza de sufrir he llegado á ser indiferente al dolor; á fuerza de llorar, mis ojos estan enjutos. Soy la sombra de la que fué, soy una alma perdida sobre la tierra.

—Razon teneis, señora. El cielo ha sido muy cruel con vos, y con migo tambien.

—D. Lope, no insulteis á la Providencia; ¿desgraciado vos? ¿vos que apenas habeis probado de la copa de la amargura? podeis llamaros infeliz delante de mí que he regado el camino de mi existencia con llanto de sangre?

—D^a Laura, conozco vuestra historia, porque mil veces con las lágrimas en los ojos la he escuchado, mientras vos me la referíais con la serenidad de vuestra alma grande; pero decidme señora, ¿vos amais un imposible, vos amais el recuerdo de D. José de Mallades? y yo que os amo á vos, señora, ¿no amo tambien otro imposible? ¿no soy tan desgraciado como vos? decidme, señora.

—Hay entre esos dos amores una distancia inmensa, D. Lope: si me amais como decís, vos no tendreis nunca mi amor, pero teneis siquiera mi amistad.

—¿Vuestra amistad, D^a Laura? ¿vuestra amistad? ¿y creéis, señora, que eso sea bastante para satisfacer este amor inmenso que me abrasa, que me consume? ¿vuestra amistad? ¿acaso no es este un nuevo y mayor tormento, una gota de agua para apagar un incendio que necesita un

océano, un instante de dicha en medio de una eternidad de tormentos....

—Sí, es un consuelo inmenso, D. Lope, porque vos no conoceis aún lo que es el verdadero amor: ¿decidme qué pensaríais vos si os separara de mí la eternidad? ¡oh! mil vidas diera yo por ver un solo instante á Mallades; mil vidas por oír una sola palabra de su boca, aunque me aborreciera, aunque me despreciara, aunque amara á otra mujer, ¿lo oís? aunque de lejos siquiera alcanzara á ver, no á él, D. Lope, no á él, á su sombra que se dibujara sobre una de las paredes de mi estancia; á oír siquiera el ruido de sus pisadas; pero que yo supiera que vivia, que yo pudiera adorarle vivo, aunque no fuera yo tan dichosa que me concediera su amistad.... D. Lope, ¿qué es vuestra desgracia junto á mi desgracia? qué es vuestro dolor junto á mi dolor? qué es vuestro amor junto al amor de mi corazon? decid....

—Decís bien, señora, decís bien. ¡Oh! soy un ingrato con Dios, porque es verdad que amo un imposible, pero en cambio, D^a Laura, os veo, os oigo; vivo enfrente de vos; vengo á respirar el aire que respirais; puedo tocar vuestra mano; puedo besar la tierra que vais hollando; puedo en fin amaros, adoraros; y lo que es mas, confesaros y repetiros este amor, y esto es para mí una felicidad suprema: soy un loco, un insensato, porque yo no os amo porque vos me ameis; porque este amor ha llegado á ser tan grande, tan inmenso que cuando lo considero á mis solas, conozco que me llena el alma, que me la embarga, y siento que es un amor que se basta á sí solo, sin necesidad de buscar la correspondencia.

—Os compadezco, D. Lope: tambien vos debeis sufrir.

—No, D^a Laura, no me compadezcáis, porque este amor es mi dicha, porque sin él moriría; si sufro por él, este sufrimiento es mi gloria, pero en cambio de ese sufrimiento, él me alienta, me vivifica, me rejenera: ¿creéis, señora, que las flores aman al sol? y acaso nunca el sol comprende ese amor; y sin embargo, por el sol viven las flores, por él perfuman el ambiente, por él abren su cáliz, y cuando él falta languidecen y mueren. . . . no me ameís, D^a Laura, porque así os puedo probar mejor lo ardiente y lo desinteresado de mi cariño: solo el pensar que podríais amarme, me daría la muerte; sería un placer que haría estallar mi corazón, que no resistiría mi alma. . . .

Reinó el silencio por un momento; D^a Laura con la vista clavada en el suelo y D. Lope contemplándola con ternura.

—Señora—dijo al fin—hay una especie de placer en ese sufrimiento del corazón que ama sin esperanza y sin consuelo; hay un goce punzante en ese martirio que viene á constituirse como una parte de nuestro sér; amor escento de tempestades, ó mas bien, tempestad eterna; amor que ni aún en lontananza contempla el hastío, que se llega á tornar en relijion, que purifica el afecto hasta el idealismo. . . .

—Os comprendo, D. Lope, porque yo tambien conozco que no podría vivir sin este dolor que despedaza mi pecho, porque siento ya que soy un espíritu que ama y que existe en otro espíritu.

D^a Laura y D. Lope volvieron á quedar en silencio por un largo rato.

—¿Sabeis qué he hecho esta tarde?—dijo repentinamente la dama cambiando de tono.

—¿Qué, señora?

—Leer los versos que me envió D. Fernando de Valenzuela desde Acapulco.

—¿Tanto os agradan?

—Sí; D. Fernando de Valenzuela era íntimo amigo de D. José de Mallades, como yo lo era de D^a Eujenia; creo haberos contado ya esa historia.

—Sí, señora.

—D. Fernando y aun la misma reina, estoy segura de que no tuvieron parte en la desgracia de D. José; hoy D. Fernando es muy desgraciado; la desgracia es un vínculo que estrecha las viejas amistades y que forma las nuevas. En los versos de D. Fernando hay tanta resignacion, tanta ternura! ¿quereis oirlos?

—¿Cómo no?

D^a Laura se levantó, abrió una pequeña gaveta y sacó un papel.

Las personas que han sufrido mucho tienen á veces consuelo en cosas en que los que no están en esa situacion apenas hallarian motivo de distraerse.

Debe ser porque la desgracia purifica el corazón y le vuelve la inocencia de los primeros años.

El Hijo de Dios contó entre los bienaventurados á los que sufren.

Contó entre las venturas de la vida el llanto.

Sublime y divina paradoja que necesita sentirse y no reflexionarse.

Porque esa dulzura infinita del consuelo solo puede sentirla el que padece, porque, como el agua de la fuente purísima, solo puede deleitar al que llega abrasado por la sed y el que no la sufre pasa con indiferencia á su lado sin comprender ni sentir el placer de acercarse á ella sus labios.

D^a Laura se llegó á una bujía, y comenzó á leer. D. Lope la contemplaba extasiado.

—No os leeré todas las endechas para no fatigaros, pero oid....

Peregrinando tierras,*
Surcando mares negros;
Vientos examinando,
De ardientes climas registrando el fuego;
Del uno al otro polo
Camino, y solo puedo
Estrañar los rigores
Del polo que me mira en este puerto.

Mas ni aquesto me turba,
Porque el noble, á despecho
De villanas injurias,
No se deja vencer de lo grosero.

¿Quién se pudo librar
De las manos del tiempo?
Ejemplos tuve muchos
Y para muchos serviré de ejemplo.

¡De todo cuanto pude
Qué poco agora puedo!
Que se deshace fácil
Poder fundado en el poder ajeno.

Si escándalo juzgaron
Mis lúcidos empleos
Apagadas mis luces
Hoy estudian en mí los escarmientos.

Pero nada aprovecha
A la ambicion, pues vemos
Que en las ruinas mismas
Al corazon levantan mas soberbio.

Pirámides de Egipto,
Del Líbano los cedros,
Los unos y los otros
Cenizas y ruinas perecieron.

La inconstante fortuna
En no ser fija ha puesto

* Pongo estas endechas por ser orijinales de D. Fernando de Valenzuela.
(Nota del autor).

Su grandeza, librando
En las mudanzas su mayor trofeo.
Yo no la espero nunca,
Porque constante espero
Triunfar de lo caduco
Y vivir inmortal para lo eterno.

—¡Pobre Valenzuela!—esclamó tristemente D. Lope cuando D^a Laura concluyó la lectnra.

—Es muy desgraciado tambien, y tiene ese vínculo con nosotros.

—Pero siquiera él, señora, tiene alguna esperanza en el porvenir.....

—¿Pensais que se logre vuestro plan?

—Estoy casi seguro, D^a Laura; esta noche debió haberse dado el golpe, pero las noticias de los piratas llegaron al virey y trastornaron nuestra combinacion, porque S. E. mandó esta tarde que en el término de dos horas se reuniesen todos los hombres capaces de llevar las armas, desde los que tienen quince años hasta los que tienen sesenta; esto hizo imposible todo intento.

—Pero, ¿no desistís?

—No, señora.

—Dios os ayude, D. Lope; aunque no puedo corresponder vuestro amor, os tengo el cariño de una hermana, y todos los dias pido á Nuestro Señor que os ampare y os proteja.

—¿Pedís á Dios por mí, D^a Laura?

—Todas las mañanas y todas las noches.

—¿Y si muriera yo en esta noche?

—Lloraria por vos y rezaria por vuestra alma.

—Ah! señora, qué suprema felicidad, ¡ojalá y muriera yo hoy mismo!

—Y no sentiríais dejarme sola sobre la tierra, cuando

sois mi único amigo, cuando sois mi hermano?—dijo con un acento de profunda ternura y de melancolía D^a Laura.

—Señora, procuraré vivir por vos y para vos.

—Así os quiero, bueno y resignado.

La jóven tendió su pálida mano á D. Lope y él la llevó á sus labios con una especie de veneracion.

Pocos momentos despues se despidió y salió de la casa meditabundo.

—Es imposible que pueda yo amarla mas—decia D. Lope en la calle.

Y D^a Laura pensaba en su aposento:

—Si yo fuera capaz de amar, le amaria....

VI.

De lo que respecto al marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco, pensaban y decian en México.



NUNCIOSE en México por principios del mes de Mayo, que habia llegado á Veracruz el señor marqués de San Vicente, mariscal de campo y castellano de Acapulco.

Atribuyéronle algunos, cargo de visitador del reino de Nueva-España, y á pesar de que todos los ánimos estaban inquietos con la aparicion de los piratas en las costas, la nueva de la llegada del marqués de San Vicente preocupó altamente al virey marqués de la Laguna, á la audiencia, á los principales señores y á la multitud en jeneral.

Desde que á tratar se comenzó de la venida de aquel personaje, observarse pudo que por parte de muchos señores se ponía particular empeño en enzalsarle; que por parte de la audiencia se desconfiaba estraordinariamente de él, y que el virey permanecia en una especie de neutralidad misteriosa, procurando no tomar parte en pró ni en contra del marqués de San Vicente.